



"Deseo que el tumulto electoral no aparte a los franceses de lo esencial", ha dicho el Presidente Giscard. (En la foto, durante una visita a la Escuela Nacional de Bomberos en Nainville Les-Roches.)

LAS VISPERAS FRANCESES

EDUARDO HARO TECGLEN

QUE va a pasar, qué va a comenzar a pasar este domingo en Francia? Los últimos sondeos electorales legales —la Ley los prohíbe desde una semana antes de la votación para evitar la influencia que puedan tener sobre los electores— han seguido indicando una tendencia general favorable a la izquierda. Los cálculos de los ordenadores son constantes desde hace más de un año y se confirman ahora: el 50-51 por 100 se pronunciará por los partidos de la izquierda, el 48-47 por 100 a la derecha, tomando como 100 los que tienen decidido ya su voto (el residuo va hacia los ecologistas, movimientos feministas, extremistas de la izquierda o la derecha, etcétera). Hay un tercer grupo de indecisos, que se cifra en un 17-20 por 100 del electorado. Siendo tan constantes las otras formas de expresión, toda la campaña electoral se ha volcado sobre estos indecisos, estos perplejos. Probablemente, la campaña no ha hecho más que aumentar su confusión natural. Se ha basado —por todos los partidos, por todos los electores— en unos tecnicismos de carácter económico y social —sobre teorías fiscales, salariales, nacionalizaciones, planes de energía...—, difícilmente accesibles para el ciudadano medio. Ha habi-

do también un desbordamiento, un exceso, lo cual termina también por cansar y abrumar —recordemos lo que pasó con la campaña española previa al 15 de junio, que creó más cansancio que tensión, y más indiferencia y falta de definición que vocaciones—; y, sobre todo, hay una gran inseguridad en lo que representan y pretenden los partidos. Sobre todo, los partidos de la izquierda. En los de la derecha, la confusión se establece en cuanto la misma palabra derecha aparece omitida de su vocabulario y sustituida por la de centro, o por el eufemismo de "mayoría actual", a un enfrentamiento interno entre reforma y tradición —como en España, también— y entre procedimientos para sacar adelante al mismo sector económico. En los de la izquierda, la ruptura del programa común y las desconfianzas mutuas que no se van a aclarar ni siquiera después del primer turno, tienen en una continua desesperación al elector de buena fe. El Partido Comunista acusa claramente a Mitterrand de querer utilizarle como remolque para tener la designación de primer ministro por parte del Presidente de la República, y después, formar un Gobierno en el que excluiría a los comunistas y adoptaría, quizá, una alianza hacia la derecha, favore-

ciendo al presidencialismo de Giscard. El Partido Socialista, a su vez, acusa a los comunistas de no querer gobernar realmente; se asustarían ante la responsabilidad del poder, ante la posibilidad de un desgaste en el Gobierno y de una acción dura por parte de la derecha. Incluso se ha acusado al PCF de seguir ocultamente una línea prosoviética, a pesar de su fachada eurocomunista: la Unión Soviética no querría ministros comunistas en los Gobiernos europeos —ni en España, ni en Italia, ni en Francia— para evitar un endurecimiento de sus relaciones con el Oeste y con los Estados Unidos. Y, a su vez, los comunistas acusan a los socialistas de estar siguiendo la línea anticomunista que les marcan los Estados Unidos y Alemania Federal.

"Deseo que el tumulto electoral no aparte a los franceses de lo esencial", ha dicho el Presidente Giscard. Que ha contribuido notablemente a ese tumulto con sus intervenciones más allá de la neutralidad y de la calidad de árbitro de su cargo con su famoso discurso del "bon choix", o la buena decisión. En el que venía a plantearse la



El miedo es el gran aliado de la derecha, en Francia como en Chile, en Italia como en España. ¿Qué ocurrirá si gana la izquierda? Mitterrand, durante su recorrido por uno de los "arrondissements" de París.

acreditada teoría de todos los Jefes de Estado en apuros entre el caos —la oposición— y la serenidad y el orden —él, su mayoría—. Frase a la que Mendes-France, hablando en nombre de una izquierda en la que fue efímeramente líder y presidente del Consejo de Ministros —eso sí, descontando entonces los votos de los comunistas y contando sólo los "votos nacionales", porque los comunistas todavía no estaban considerados como nacionales— ha descrito, inversamente, el caos de Francia como producto inevitable de un hipotético triunfo de "la mayoría", aunque sin dejar de profetizar —su estilo fue siempre dramático y pesimista: le llamaron, en sus

despedir a dos de sus tres empleados. "Mi peluquero ya está en quiebra", ha respondido Marchais, secretario general del PCE. Esta metáfora se centra en uno de los debates más arduos de la campaña: el de la elevación de los salarios. Mientras la izquierda pretende que el salario mínimo garantizado se centre en 2.400 francos —unas cuarenta y cinco mil pesetas: poder adquisitivo de unas veinticinco mil pesetas españolas—, la derecha pretende que tal aumento iría en detrimento del propio obrero, porque aumentaría el paro. El argumento es conocido: aumentaría la inflación, los crecimientos de los salarios estarían rápidamente ab-

tre Mitterrand y Giscard d'Estaing, bastantes personalidades de la izquierda durmieron fuera de sus casas, por si triunfaba su candidato y la derecha se rebelaba. Suele tenerse la inexacta idea de que Francia es un país sensato, y esas cosas no suceden, lo cual está en contra de las evidencias de la Historia, aunque sólo se cuente a partir de la Revolución de 1798, pero llegando a las conclusiones de que el general De Gaulle fue Jefe de Estado como consecuencia de un golpe sordo y tranquilo, que la OAS y los acontecimientos de Argelia estuvieron a punto de acabar con la República —llegó a haber hasta un llamamiento dramático del Gobierno

paña, y aun a veces presente en ella, ha podido quitar de cinco a seis puntos en el porcentaje a favor de la izquierda.

Y, sin embargo, el resultado no está decidido. Puede ocurrir que aun con mayoría de votos, la izquierda tuviera menos diputados —si la mayoría de los franceses votaran en contra de la mayoría saliente, pero ésta conservara el poder en razón del reparto desigual de las circunscripciones, según ha explicado Mendes-France—; puede ocurrir incluso que se hundiera, contando como cuenta ya con la mayoría del país, porque no funciona bien el juego de desistimientos entre los dos grandes partidos —por su hostilidad mutua, por su desconfianza—. O puede ocurrir que gane y gobierne. Aun sobre los datos y sondeos conocidos, las especulaciones van desde que la actual mayoría —la derecha— puede incluso aumentar sus diputados en detrimento de la izquierda, hasta la de que los comunistas aumentan tan fuertemente su mayoría que no se puede gobernar sin ellos de ninguna manera, como pasa en Italia. No es imposible un Gobierno socialista homogéneo que pacte con el Presidente de la República para conducir al país por una vía "moderada". No es imposible, en esa hipótesis, que los comunistas llegaran a un pacto con la derecha tradicional —los degolistas— para constituir un extraño y poderoso bloque de oposición...

Quiere decirse con todo ello, que a unos días del primer turno, y pese a las predicciones de mayoría para la izquierda general, no hay predicción válida sobre quién y cómo se va a gobernar Francia en el año en curso. Y, sea como sea, el resultado tendrá una fuerte influencia en toda la izquierda europea, sobre todo en la del Sur, y en el funcionamiento del mundo de Occidente. No es necesario explicar ahora la influencia de Francia en la política del mundo a lo largo de la Historia: justa o injusta, es una influencia decisiva. Los Estados Unidos lo saben mejor que nadie, y puede decirse que el juego político interior francés les interesa incluso más, mucho más que el italiano. Y que están maniobrando con toda su capacidad, que es mucha —desde la simple y pura amenaza hasta todas las sutilezas posibles de sus diplomáticos, agentes y banqueros— para que la izquierda no gane esta oportunidad y para que, si la ganase, tuviera que fracasar rápidamente. ■



El resultado de las elecciones francesas tendrá una fuerte influencia en toda la izquierda europea, sobre todo, en la del Sur. (Georges Marchais y el líder de las Juventudes comunistas, Jean-Michel Catala, en una reunión del PCF.)

tiempos, Casandra, como la sibila— que este año y el próximo serán difíciles, gane quien gane.

A veces, la campaña se ha ido llevando por pequeñas anécdotas. La derecha tiene su maestría en ello. No olvidemos que siempre, a lo largo de los siglos, la derecha ha sido genial en la creación de apólogos y ejemplos, como el de la camisa del hombre feliz, que finalmente no tenía camisa, para convencer a los pobres de que debían seguir en su estado envidiable de forma que sería finalmente para ellos el reino de los cielos. El primer ministro Barre ha explicado a sus presuntos electores la parábola de su barbero, que le ha recomendado que no aparezca demasiado en la televisión —porque la gente "termina por no comprender nada", y esto es bastante cierto—, y que le ha explicado que si la oposición triunfa y eleva el salario mínimo, como promete, será su ruina: tendrá que

sorbidos por los de los precios, las pequeñas empresas —el peluquero del primer ministro— tendrán que cerrar o despedir, etcétera. Es el mismo tipo de argumentos de algunos empresarios españoles que sostienen que la obligatoriedad de las plantillas aumenta el paro obrero. En general, la clase asalariada opta por no seguir demasiado de cerca el fondo económico de la cuestión y optar por el aumento de salario, pase lo que pase. Es lo sustancial.

Sobre todos estos problemas de confusión, dispersión y complejidad, se plantea también el problema del miedo. Es el gran aliado de la derecha, en Francia como en Chile, en Italia como en España. Es un personaje político de primera magnitud. ¿Qué puede pasar si gana la derecha? Se maneja el mismísimo espectro del golpe de Estado. Hace ya años, en vísperas de las elecciones presidenciales en-

a los ciudadanos para que ocuparan los aeropuertos con las armas a su alcance, fueran escopetas de caza o fueran horcas campesinas, y muchos lo siguieron, para evitar el desembarco de las tropas de Argelia— y que, hace diez años, el sobresalto de mayo de 1968 terminó con una petición del general-Presidente a los militares y unas "maniobras" de blindados en dirección a París. De todas formas, no deja de ser una hipótesis lejanísima, y antes habrían de agotarse otros muchos recursos políticos. Pero ese miedo se esgrime: como se esgrime el de la quiebra de las pequeñas y medianas empresas, el de la fuga de capitales al extranjero, la huelga de inversiones, las presiones de Estados Unidos y Alemania Federal, la caída en el prestigio internacional en un momento en que hace falta la ayuda de todos los países, etcétera. Podría decirse que esta campaña al margen de la cam-